

# Sociologando: Configuraciones sociales y teoría social

Social settings and social theory

Flabián-Héctor-José Nieves (1963, argentino-Universidad de Buenos Aires)  
flabian.nieves@gmail.com

## Resumen

En este artículo se revisan las condiciones de emergencia de las ciencias sociales, fundamentalmente en uno de sus supuestos que es la existencia organizadora y delimitadora de los *estados-nación*. A partir de esta impronta, y dadas las transformaciones que han operado en particular desde el último tercio del siglo pasado, que han tenido como efecto el desplazamiento del *estado* del centro de la organización del orden social, se argumenta sobre la necesidad de dar un nuevo marco a la teoría social. Para ello se hacen breves referencias a las indicaciones que ya existen en tal sentido, y se postula, finalmente, la necesidad de revisar el cuerpo teórico elaborado por Marx y Engels, por ser un instrumento dúctil para el escenario del siglo XXI.

**Palabras clave:** capitalismo, *estado*, globalización, Marx, teoría social.

**Recibido:** 04-11-2011 → **Aceptado:** 27-12-2011

**Cítese así:** Nieves, F. H. J. (2012). Configuraciones sociales y teoría social. *Boletín Científico Sapiens Research*, 2(1), 36-40.

## Abstract

This article reviews the conditions of emergent of the social sciences; primary in one of its assumptions is the existent organizer and anchor of nation-states. From this mark, and given the changes that have occurred in particular in the last third of the last century that have had the effect of moving the state from the center of social organization, it is argued on the need for a new framework of social theory. This will make brief reference to the indications already exist in this regard, and it is postulated, finally, the need to review the body of theory developed by Marx and Engels, as a supple instrument for the stage of the XXI century.

**Key-words:** capitalism, globalization, Marx, nation-state, social theory.

## Introducción

La teoría social es tributaria del nuevo orden emergente que circa los siglos XVI-XVII. Como toda reflexión, sucede necesariamente en el tiempo a la acción. Heredera de la filosofía social, que agotó su potencial en el *Iluminismo*, cuando *les philosophes* demolieron los fundamentos ideológicos del *ancien régime*<sup>1</sup>, y tras distintos ensayos y aproximaciones, hacia mediados del siglo XIX se conformaron las principales disciplinas sociales, generando sus propios y particulares cuerpos teóricos. Durante ese relativamente breve intersticio, una álgida disputa entre distintas formas de procesamiento de la experiencia fue volcándose progresivamente a favor de la constitución de la ciencia, como formato de pensamiento y conocimiento, en detrimento de las formas especulativas que, aunque perduraron, perdieron gran parte de su legitimidad previa. Al amparo de las

<sup>1</sup> De la gran cantidad de bibliografía existente sobre los alcances del *Iluminismo*, sigue siendo difícil de superar la antigua pero muy ajustada síntesis de Zeitlin (1986).

ciencias naturales comenzaron a emerger las sociales. “No sólo había espacio para lo que hemos llegado a llamar ciencia social, sino que había una profunda necesidad social de ella” (Wallerstein et. al., 2006:11). En general se ha reconocido como tal necesidad, a partir de la emergencia de una sociedad de masas crecientemente urbana<sup>2</sup>, el control sobre las mismas; control que operaba en un doble registro: desde el *estado*, constituyendo la “razón política” (Foucault, 1991), y desde la gestión directa e inmediata de la clase dominante en cada ámbito concreto en que los procesos sociales desarrollaban su entramado histórico. Las ciencias sociales nacieron sobre esa matriz de necesidad, en la que, como telón de fondo, operaba la gran estructuración de las relaciones de dominación, que es el *estado* nacional, de relativamente reciente constitución en dichas sociedades. Es por ello que las referencias a las sociedades están indeleblemente delimitadas por las fronteras políticas de los *estados*, de modo que la alusión a la sociedad era, dependiendo del autor, a la sociedad “francesa”, a la sociedad “alemana”, “británica”, etc. Los límites estatales eran autorreferenciales para la definición de la sociedad.

La historia, la economía-política (más tarde separadas en economía y ciencia política), la sociología y la antropología no escaparon a ese cuño inicial en que se organizaron las estructuras de las sociedades europeo-occidentales, el *estado-nación*. Una estructura compleja en la que se pretendió enmarcar la nación, sin mayor mensura de su densidad histórica que las de los centros de poder social y político regional y las relaciones de fuerzas que operaban entre estos. Este modelo, ya problemático en su origen (tanto onto como filogenético), se expandió junto a las relaciones asociadas a sus inicios: las relaciones capitalistas. El capitalismo se extendió por el globo, transformando o subsumiendo otros modos de producción, pero constituyéndose en el motor del nuevo sistema-mundo emergente.

Independientemente del grado en que se impusiera, el modelo de *estado-nación* lo acompañó, incluso a regiones en las que constituyó un palmario fracaso<sup>3</sup>. En regiones como África subsahariana, Medio Oriente o algunas regiones de Asia, la alta inestabilidad estatal es un dato de sencilla corroboración histórica. No obstante, ha sido, probablemente, debido a que tal generalización operó como obstáculo epistemológico, que, pese a que el *estado* nunca estuvo invisibilizado, se haya prestado poca atención a la matriz *estado-céntrica* de buena parte del pensamiento expresado como teoría social. Esto puede apreciarse en las diferentes disciplinas que se estructuraron. La historia, si bien superó la hagiografía, se

<sup>2</sup> Aunque por entonces dicha población rondaba el 20% del total, variando según las regiones del planeta, este fenómeno afectó decisivamente los países occidentales de Europa, que fueron la cuna de la teoría social, en particular Francia, Inglaterra y, poco después, Alemania e Italia y, en menor medida quizá, también Estados Unidos.

<sup>3</sup> La noción, comparativamente nueva, de “*estados fallidos*” da cuenta de este fracaso.

“nacionalizó”: los relatos, centrados ahora en indagar “*lo que realmente ocurrió*” (Wallerstein et. al., 2006:18) versaban en torno al *estado*, su devenir, las relaciones entre ellos. Pero no sólo apareció el *estado* como objeto de estudio sino (que es lo que nos importa) configurando las formas de pensamiento, estructurando corrientes historiográficas asociadas a países (*estados*). La economía-política nació con una obra que significativamente se titulaba *La riqueza de las naciones*, dando formato así al estudio de la producción y transacciones a partir del modelo nacional<sup>4</sup>. La antropología surge al calor del colonialismo (política de *estado* de las metrópolis). Finalmente, la sociología, en apariencia ajena en sus moldes teóricos a esta impronta, también está indeleblemente marcada por la misma.

### Estado y teoría sociológica

Sostener que las principales corrientes sociológicas son *estado*-céntricas requiere una breve fundamentación. Podríamos diferir en los autores que incluyamos en la lista de los fundadores de esta disciplina, pero seguramente tanto Durkheim como Weber no faltarán en ninguna enumeración.

En el sociólogo francés, el holismo metodológico es consistente con el intento de institucionalización que significó el inicio de la Tercera República Francesa, tras la guerra perdida frente a Prusia y el primer gobierno obrero de la historia, las comunas de París y de Lyon. El hecho de que su preocupación casi permanente girase en torno al lazo social, es decir, a qué nos mantiene unidos en un cuerpo social, es un fuerte indicio en tal sentido. Las tensiones reinantes en Francia, producto de una monarquía que no terminaba de sucumbir como sistema político-social, un republicanismo no totalmente instalado, y el movimiento obrero anticapitalista más fuerte de la época en Europa, es el manifiesto condicionamiento de la elaboración del pensamiento de Durkheim. Quizás esto es más evidente en los cursos que dictaba, que en los trabajos que publicó en vida. En tal sentido, la defensa de la educación pública, laica y común, curso dictado entre 1904 y 1909, editada póstumamente como *Historia de la educación y de las doctrinas pedagógicas. La evolución pedagógica en Francia (1992)*, o el curso de 1895-96, que conocemos con el nombre de *El socialismo (1987)*, en el que debate las posiciones marxistas, a las que les concede el diagnóstico pero discrepa en la prognosis, resultan sumamente elocuentes en el sentido que estamos argumentando.

En el caso del sociólogo alemán, cuyo individualismo metodológico está en las antípodas del pensamiento del francés, es muy sugerente la tesis de Giddens (1997) acerca de los problemas históricos alemanes que influyeron en, al menos, parte de su teorización. Así, liga los tipos de dominación a la situación alemana previo a la república de Weimar, que luego se reflejaría en ésta: la dominación tradicional era la propia de los *junkers*, condenada por la historia; la racional-burocrática, ligada al aparato estatal creado por Bismark, que junto a la creciente administración carecía de rumbo político; y finalmente la carismática, que él deseaba para el desarrollo alemán (recuérdese que fue uno de los tantos intelectuales que apoyó vigorosamente la primera conflagración mundial)<sup>5</sup>. Esta tesis, sólidamente sostenida por Giddens, indica la influencia del medio social en la elaboración de la teoría weberiana.

<sup>4</sup> Las nociones de libre comercio y proteccionismo están vinculadas a las necesidades de la economía nacional.

<sup>5</sup> La paradoja histórica, de la que Weber no es en absoluto responsable, es que el líder carismático tan ansiado llegó en la figura de Adolf Hitler.

También, aunque pueda parecer paradójico, en el pensamiento de H. Spencer el *estado* tiene un indisimulado papel central: la diferenciación establecida entre “sociedad militar” y “sociedad industrial” tornaba evidente no sólo que Inglaterra era el modelo de esta última, sino que todo su acérrimo liberalismo era expresión (no digamos que voluntaria) de los intereses de dicho país en ese momento histórico.

La figura anómala (que tampoco se sitúa estrictamente en la sociología) es la de Karl Marx. Aunque considera al *estado*, no puede decirse que su pensamiento fue elaborado en función de éste, ni de nación alguna. Por el contrario, conjuntamente con Engels llamó tempranamente a la supresión de fronteras con la famosa convocatoria del *Manifiesto del Partido Comunista (1848)* a la unidad mundial del proletariado, plasmado toscamente en 1864 con la Asociación Internacional de Trabajadores, disuelta en 1872. (Otras corrientes que confluieron en dicha organización, como los anarquistas, no lograron conformar un importante pensamiento sociológico posterior).

La impronta del *estado* nación, con la excepción de Marx, ha dado formato a la teoría social, nacida a mediados del XIX<sup>6</sup>. Los cambios en la funcionalidad de los mismos a inicios del siglo XXI deben dar lugar a nuevas teorizaciones, sin que por ello sea necesario (ni posible) desechar la rica herencia decimonónica.

### Transformaciones del entorno social

Vastísima es la literatura sobre la crisis del *estado* —buena parte del mismo de cuño neoliberal—, pero quizás resulte más atendible pensar en *reajuste* que en *crisis*. La forma *estado*-nación nunca cuajó plenamente, salvo casos excepcionales, debido, en lo fundamental, a la inadecuación entre la delimitación estatal y el asiento espacial de la/s nación/es (nunca totalmente estáticas). Este formato soportó las máximas tensiones en el marco de la guerra fría, tras la cual muchas de ellas estallaron. Desde entonces comenzó un proceso de readecuación que, a la fecha, arroja como síntesis la aparición de numerosos *estados* (algunos muy pequeños), la desaparición de otros, la reunificación de territorios y la tensión segregacionista en muchos otros que aún no cambiaron de geometría externa (Canadá, Italia, Bolivia, Turquía, etc.), producto de la acción de distintas fuerzas y actores.

El sistema social mundial reconoce hoy, a diferencia de lo que ocurría durante el siglo XIX y buena parte del XX, distintos actores, además de los *estados*, que demuestran tener capacidad de organización socio-espacial: empresas transnacionales, capital financiero, ONG, narcotráfico, etc. (Méndez del Valle Gutiérrez, 2011). Aunque no se trata de una absoluta novedad, pues hubo advertencias tempranas sobre este nuevo entramado (Lacoste, 1977), hoy se hace evidente esta reterritorialización de las relaciones sociales, que obedece a nuevos patrones, aún no totalmente estabilizados y, en consecuencia, no totalmente definidos.

Los nuevos entramados que se conforman en el proceso de lo que genéricamente se denomina “globalización” dan cuenta de las limitaciones que enfrenta el pensamiento *estado*-céntrico. Uno de los fenómenos que

<sup>6</sup> En tal sentido, Joas señala que “Alain Touraine y Anthony Giddens han reprochado por igual a la sociología clásica que con su concepto de «sociedad» sólo exprese la realidad del estado nacional europeo —y tal vez también del norteamericano— del siglo XIX” (Joas, 2005:170-1).

mejor expresa esta limitación es, quizá, la guerra<sup>7</sup>. Organizada desde la constitución de los *estados-nación* europeos en torno a sí mismos (deslegitimando los conflictos internos confinándolos a la escala del “delito”, es decir, teniendo potestad punitiva sobre estos hechos), la guerra quedó relegada a los mismos, lo que dio lugar a la teoría del sistema interestatal como esencialmente anárquico (Waltz, 2001:171-200): los *estados*, sin árbitros superiores a sí mismos, dirimirían por la vía bélica sus asuntos irreconciliables en el plano político. Para ello contaban con el monopolio legítimo de la violencia. En lo que va del siglo prácticamente no ha habido guerras interestatales, pero sí muchas con la participación de tres actores que pueden definirse con relativa claridad: *estados*, empresas militares privadas y grupos paraestatales<sup>8</sup>. La pérdida del pretendido monopolio legítimo de la violencia es evidente; pero aún más, en el desarrollo de estas guerras “difusas” (Nievas, 2006:57-97), los *estados* han desarrollado prácticas que conllevan a la disolución de sus propios fundamentos, básicamente la instauración y el resguardo de derechos relativamente universales de su población. El desarrollo de este tipo de guerras, en ocasiones llamadas “contrainsurgentes” o “sucias”, implica la vulneración de algunos derechos básicos, llegando a instituirse legalmente la aplicación de tormentos, asesinatos y secuestros (concretamente en los casos de Israel y Estados Unidos). Paralelamente, la desterritorialización de la guerra, que ya no se ciñe a “teatros de operaciones”, conlleva acciones estatales que niegan los principios de territorialidad, soberanía y autodeterminación.

Este fenómeno, concurrente con otros tales como el deslizamiento de determinadas funciones otrora estatales a ONG, la implicación de los movimientos de capitales<sup>9</sup>, las intrincadas redes de ilegalismos, generalmente caracterizadas como “crimen organizado” (narcotráfico, trata de personas, etc.), que tienen fuertes vínculos con las estructuras estatales, más allá de su funcionamiento para-legal, el resurgimiento de las identificaciones étnicas (principales fuerzas actuantes con creciente poder organizador); todo ello hace que de manera hoy más pronunciada que en épocas pretéritas, las configuraciones sociales deban remitirse a espacios territoriales más complejos que el *estado-nación*. Esto queda patentizado en ciertos anacronismos, como la localización nacional de los capitales (hoy es absurdo mencionar capitales estadounidenses, australianos, alemanes o del país que sean, incluso en buena medida también lo es de las empresas multinacionales, pues hasta las casas matrices suelen cambiar de localización)<sup>10</sup>, o la pretensión de circunscribir en todos los casos al territorio estatal la identidad primaria de los grupos humanos<sup>11</sup>. De modo que la identificación *a priori* de sociedad con *estado* resulta, cuanto menos, problemática e insuficiente en la mayoría de los casos.

<sup>7</sup> Actualmente, la geopolítica asiste “a una radical transformación de una de las tradicionales funciones y atribuciones del estado-nación moderno: la guerra” (Romero-González y Nogué i Font, 2007: 115).

<sup>8</sup> La identificación de éstos como resistentes, terroristas, insurgentes, narcotraficantes u otras denominaciones depende de cada caso particular y, en ocasiones, a la perspectiva desde la cual se enuncia la denominación de los mismos.

<sup>9</sup> Por ejemplo, las especulaciones realizadas en la bolsa de Nueva York tienen impacto en otros puntos del globo, hecho que difícilmente las fronteras estatales pueden mitigar (Méndez del Valle Gutiérrez, 2008: 71-105).

<sup>10</sup> La poderosa Bunge & Born, originaria de Argentina, tiene hoy su casa matriz en Brasil, y su sede en las Bermudas.

<sup>11</sup> Resulta impropio e impreciso, desde varios puntos de vista, signar como “chileno” a un mapuche, o como turco, iraní o kurdo. Apegándonos a la identificación estatal, perdemos los patrones de identidad colectiva efectivamente operantes y las dinámicas de las tensiones que ello genera.

### Las necesarias modificaciones del pensamiento

Cuando tales transformaciones ocurren, lo esperable inicialmente es un periodo de desorientación, de confusión, y de tendencia a reducir a las antiguas categorías los nuevos fenómenos sociales, lo que resulta infructuoso. En gran medida, este ha sido el síntoma que ha expresado el pensamiento “post-moderno”. Su renuncia explícita a los “grandes relatos” (las teorías generales), más allá de la contradicción que encerraba (pues la supuesta imposibilidad de construir teorías generales era un postulado *general*), resultó más denotativo del fenómeno de inadecuación teórica que una respuesta al mismo. La fragmentación que se situaba en la realidad social operaba, de hecho, en la configuración perceptiva de los mismos: lo que estallaban eran las categorías cognitivas, no la realidad. Esto parece una obviedad desde una perspectiva materialista. Sin embargo, hay todavía muchos intelectuales que se sitúan en las corrientes post-modernas.

Asimismo, han surgido o resurgido enfoques, se han rearticulado sujetos y espacios, y otros han cobrado fuerte e inusitado impulso. Sería imposible en este espacio hacer un recuento satisfactorio de toda la variedad, con sus matices, de la emergencia de estas nuevas perspectivas, pero todas éstas intentan dar cuenta de las transformaciones operadas desde el último tercio del siglo pasado. No obstante, hay en todas rémoras, no siempre explícitas, a las grandes teorías decimonónicas, situación por demás esperable, ya que nada se produce de la nada. Ciertamente se recurre en muchas ocasiones a autores hasta hace poco relativamente olvidados, como Simmel, Tarde, Elias (aunque éste ocupa un lugar “gris”, montado como “bisagra” entre los grandes pensadores del siglo antepasado y llave para el siglo XX) u otros que no lograron ocupar el destacadísimo lugar de los fundadores de la disciplina, buscando en todos ellos nuevas claves para reinterpretar esta realidad esquiva y volátil para las categorías que funcionaron durante más de un siglo de manera casi excluyente.

En esta etapa de intento de reconfigurar el pensamiento social ha reaparecido, también, luego de ser declarado estéril e inservible, el pensamiento marxista. Un reverdecimiento que, aunque tiene brotes en todo el mundo, tiene particular fuerza en América Latina. Dado que es imposible desechar la teoría clásica, pues aún como fondo de crítica ha de operar como base de las nuevas concepciones, es valioso revisar las potencialidades de la misma. En este caso, por las particularidades propias que argumentaré seguidamente, el materialismo dialéctico/histórico parece tener una riqueza aún inexplorada como fuente de pensamiento.

### Repensar, impensar, reconocer

Wallerstein nos invita a impensar las ciencias sociales “debido a que muchas de sus suposiciones —engañosas y constrictivas, desde mi punto de vista— están demasiado arraigadas en nuestra mentalidad” (2007: 3). En tal sentido, sostiene que el repensar los problemas es parte de la actividad corriente de la ciencia, es el pensar en movimiento. Y su propuesta, tendiente a la eliminación de las disciplinas para la refundación en una ciencia social, parte de la negación de pensarlas desde los moldes en que se estructuró. En tal sentido, aunque provocativamente pregunta “¿Qué es África?” y “¿Existe la India?”, en sus exploraciones y agudas críticas no transita una forma heteroestatal.

Sin pretender brindar respuestas sino tan solo tratar de orientar las preguntas que entiendo son necesarias, en la reorientación que en las ciencias sociales de hecho viene operando, y que es menester poner en claro lo mejor posible, podemos decir que todo pareciera indicar que, de manera independiente a las voluntades particulares y a las prescripciones, las ciencias sociales transitan el camino de su *integración compleja*. Si, luego de constituidas las disciplinas, éstas se expandieron y se especializaron hasta el punto de ganar relativa autonomía cada una de sus ramas, hoy vivimos una suerte de hibridación en clave de complejidad<sup>12</sup>. Ir asumiendo la complejidad, tarea a la que pensadores como Morin (2007) alientan desde hace tiempo, supone avanzar en el camino de investigaciones transdisciplinarias (García, 2006:137-80), desarrollo lógico tras la multi y la interdisciplinariedad. En esta dirección, que lentamente se va imponiendo como adecuación a las transformaciones que ocurren en el orden de lo real, es necesario prestar especial atención a ciertos fenómenos que dan claras señales de la reorganización espacio-temporal de la asociatividad humana. Fenómenos que ponen al *estado*, esa forma matricial del origen de las ciencias sociales, en un plano de no exclusión de otras formas de organización societal. Aquí vale hacer dos puntualizaciones. Que la teoría social se haya constituida en un patrón *estado*-céntrico no entraña un “defecto” o una distorsión por parte de la misma; por el contrario, expresaba palmariamente la realidad en la que se constituyó: los agregados humanos se organizan identitariamente aún en dicho nivel, pero con menor énfasis, como trataré de mostrar. Por otro lado, se ha escrito, especialmente en la última década del siglo pasado, que estaríamos viviendo los estertores finales de la forma *estado*. Tal extremo no sólo es insostenible empíricamente sino que no hay ninguna tendencia que pueda llevarnos a sospechar de tal eventualidad. No obstante, hay corrientes de pensamiento que prescinden del *estado*<sup>13</sup>, aún a pesar de perder consistencia teórica. Sin llegar a tal punto, tal enfoque denota, aunque pueda considerarse que lo hace de manera distorsionada, un corrimiento del *estado* de esa posición hegemónica que ocupó en el pensamiento social.

### Las riquezas de la anomalía

Ya fue presentado el marxismo como un pensamiento relativamente anómalo en el momento de su constitución. La imposibilidad de delimitarlo a un campo disciplinario específico es un dato de origen. La mayor obra de Marx sugiere ya esta dificultad: “El capital. Crítica de la economía política”. No es economía política, sino su crítica. Aunque de manera esperable haya sido inicialmente apropiada por la economía, la ciencia política, la sociología, la antropología y la historia, su influencia, ya durante el siglo XX, en disciplinas tan diversas como la geografía, la biología, la psicología, la psicología social, la astrofísica, la físico-química, entre otras (Woods y Grant, 2002), dan cuenta no solo de la potencial universalidad de la misma, sino de sus aún inexploradas posibilidades teóricas, particularmente en clave de complejidad.

En el caso particular de la sociología, el marxismo ofrece la peculiaridad de un pensamiento no *estado*-céntrico. Esto no significa el desconocimiento del *estado* como un factor de extrema importancia, tanto cuando fue postulada esta teoría como hoy, pero “la sociedad”, para Marx, nunca

se redujo al espacio de un país. De hecho, buena parte del debate suscitado hace casi medio siglo acerca de los alcances de la categoría “*formación económico-social*” (Luporini, Sereni et. al., 1973) daba cuenta de la necesidad, por entonces (en plena guerra fría) importante, de constreñir el materialismo dialéctico (no el histórico), de reconvertirlo en una teoría de alcance nacional o, expresado en otras palabras, de centrarlo en la figura del *estado* (Negri, 2003).

Lo central y potente de dicha teoría es que organiza su percepción a partir de la dinámica del capital (entendido éste como relación social, y no únicamente como su forma dineraria), con su capacidad de dimanar órdenes de relaciones allí donde se aposenta. Aunque el propio Marx refiere a la capacidad del capital de articular otros modos de producción, distintos de sí, bajo su égida, su propia vitalidad requiere de una expansión permanente (Marx, 1987 II: 13,30-1), tanto en la extensión de sus áreas cuanto en la intensificación de su dominio y en la penetración de espacios sociales, allí donde ya imperaba, pero que escapaban aún a su ámbito, como ocurre con la mercantilización creciente de relaciones que otrora se gestionaban por vínculos no capitalistas<sup>14</sup>.

Dado que las tres particularidades (extensión, intensidad y “captura” de vinculaciones) no se organizan de acuerdo a formas estatales particulares, sino que, con los matices obvios de todo proceso, son transformaciones que operan de manera independiente a las fronteras políticas que delimitan a los mismos, hoy es quizás más apropiado que en el momento en que fue postulada esta teoría, pensar en términos de *capital*, de esta peculiar forma de organización de los vínculos, en la que los *estados* tienen una presencia efectiva pero no definitiva.

La potencia de esta dinámica es tal que hasta es posible trazar la hipótesis de que inficiona en el ámbito de las sensaciones. Los relativamente recientes “trastornos de ansiedad”, de los que no se ha podido establecer una etiología precisa, bien podrían ser la manifestación patológica de una situación social global, para la que el humano, cuya evolución es necesariamente más lenta que los cambios en el entorno que han ocurrido en los últimos dos siglos, demuestra no estar preparado. Como es de esperar, tal inadecuación se manifestaría primariamente en algunos individuos de la especie.

Sin adentrarnos en lo más obvio: que otorga excelentes herramientas para comprender las crisis económico-financieras internacionales, esta teoría, por otra parte, brinda un adecuado marco de explicación para los problemas ambientales que crecientemente afectan al planeta. Aún cuando no se pueda dilucidar el grado de implicación de la actividad humana en los cambios del medio natural, casi no existen dudas de que la actividad industrial, así como la nuclear y la minera tienen efectos sobre el entorno. Se trata, más allá de las menciones realizadas, de una potencial plataforma para la *integración compleja* de las ciencias sociales<sup>15</sup>.

<sup>12</sup> Fenómeno del que no están exentas las ciencias naturales (Prigogine y Stengers, 2004).

<sup>13</sup> Esto está sumamente presente en los llamados “autonomistas”, cuya expresión más acabada sea, quizá, el oximoron lógico que titula una obra: “Cambiar el mundo sin tomar el poder”.

<sup>14</sup> Por poner sólo un ejemplo, podemos ver cómo, de manera creciente, en particular en las grandes urbes, el cuidado de los ancianos va pasando progresivamente del ámbito solidario de la familia a instituciones privadas especializadas, los geriátricos. En el otro extremo de la escala vital, el cuidado de los niños pequeños, también crecientemente deja de ser una tarea familiar para pasar a empresas especializadas: guarderías, jardines maternos, etc.

<sup>15</sup> Woods y Grant (2002) hacen extensiva esta posibilidad a las ciencias naturales.

### Conclusiones-discusión

Como toda empresa, implica un desafío, en este caso, doble. En primer lugar, desembozarnos de los prejuicios que con fuerza se han instalado respecto de esta perspectiva, prejuicios muchas veces alimentados por el uso que muchos de quienes se autodenominan dentro de este campo teórico hacen de la misma. En segundo lugar, no es sencillo encontrarse frente a añosos y voluminosos textos, de compleja lectura, que no ofrece esquematismos interpretativos. A diferencia de las teorías de corto y medio alcance, se trata de una mirada omnicomprensiva, que lejos de brindar respuestas, nos puede conducir a un mar de preguntas. Pero, ¿qué es la ciencia, sino un sinfín de preguntas bien formuladas? Las respuestas, como siempre, son contingentes, históricas, y tan cambiantes como ésta.

**Comentario de la editora Angélica De Sena:** Nieves comparte en este artículo la necesidad de repensar el “estado” de la teoría social partiendo por reflexionar el rol que en sus orígenes jugó el “estado-nación”. Rastrea en los clásicos de la sociología, como Durkheim, Weber y Spencer la insoslayable impronta de la mirada estado-céntrica, dejando a Marx en una adyacencia anómala en su búsqueda de una crítica de la economía política. El autor sintetiza las modificaciones (¿radicales?) de los entornos sociales que denotan transformaciones en las ideas “clásicas” de estado-nación: la reterritorialización, la importancia de actores extra e inter-estatales (Corporaciones, ONG, etc.), las modalidades de las guerras, la persistencia del delito internacional y las tensiones entre globalización del capital, ciudadanía e identidades. Con todo lo argumentado, el artículo nos propone captar lo que hay de reverdecimiento en el materialismo dialéctico/histórico como clave de lectura para una teoría social renovada. Como huella para seguir la propuesta realizada por el autor, recalca en el indiscutible estado de complejidad de la ciencia en general y de las sociales en particular, insinuando que, de ese modo, se puede repensar, impensar y reconocer. Por esta vía, Nieves promueve su visión sosteniendo que “*hoy es quizás más apropiado que en el momento en que fue postulada esta teoría, pensar en términos de capital, de esta peculiar forma de organización de los vínculos, en la que los estados tienen una presencia efectiva pero no definitiva*”; señalando que los procesos de transformación de las intensidades, vínculos y “metas” al que asistimos pueden ser adecuadamente analizados por un marxismo que, situado en el siglo XXI, forme parte de una robusta integración compleja de las ciencias sociales.

### Referencias bibliográficas

- Durkheim, E. (1992). *Historia de la educación y de las doctrinas pedagógicas. La evolución pedagógica en Francia*. Madrid: La Piqueta.
- \_\_\_\_\_ (1987). *El socialismo*. Madrid: Akal.
- Foucault, M. (1991). Omnes et singulatim. En *Tecnologías del yo y otros textos afines*. Barcelona: Paidós /ICE-UAB.
- García, R. (2006). *Sistemas complejos*. Barcelona: Gedisa.
- Giddens, A. (1997). *Política y sociología en Max Weber*. Madrid: Alianza.
- Joas, H. (2005). *Guerra y modernidad*. Barcelona: Paidós.
- Lacoste, Y. (1977). *La geografía: un arma para la guerra*. Barcelona: Anagrama.
- Luporini, C. y cols. (1973). *El concepto de “formación económico-social”*. México: Cuadernos de Pasado y Presente N° 39.
- Marx, K. (1987). *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse)*. México: Siglo XXI.

- Méndez del Valle Gutiérrez, R. (2008). *Geografía económica. La lógica espacial del capitalismo global*. Barcelona: Ariel.
- \_\_\_\_\_ (2011). *El nuevo mapa geopolítico del mundo*. Valencia: Tirant lo Blanch.
- Morin, E. (2007). *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona, Gedisa.
- Negri, A. (2003 [1977]). *La forma-estado*. Madrid: Akal.
- Nieves, F. (Ed.) (2006). *Aportes para una sociología de la guerra*. Buenos Aires: Proyecto.
- Prigogine, I. & Stengers, I. (2004). *La nueva alianza. Metamorfosis de la ciencia*. Madrid: Alianza.
- Romero-González, J. y Nogué i Font, J. (2007). Globalización y nuevo (des)orden mundial. En Romero-González, J. (coord.), *Geografía humana. Procesos, riesgos e incertidumbres en un mundo globalizado*. Barcelona: Ariel.
- Wallerstein, I. y cols. (2006). *Abrir las ciencias sociales*. México: Siglo XXI.
- Wallerstein, E. (2007). *Impensar las ciencias sociales*. México: Siglo XXI.
- Waltz, K. (2001). *El hombre, el estado y la guerra. Un análisis teórico*. México: CIDE.
- Woods, A. & Grant, T. (2002). *Razón y revolución. Filosofía marxista y ciencia moderna*. Madrid: Fundación Federico Engels.
- Zeitlin, I. (1986). *Ideología y teoría sociológica*. Buenos Aires: Amorrortu.